La calle
Diario de un espectador
Gabilondo Soler
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles 10 de octubre de 2007

Parte del éxito de Cri-Cri, creatura de Francisco Gabilondo Soler nacido hace cien años, es su autonomía frente a su creador. Durante muchos años, sobre todo cuando se popularizaron sus canciones a través de discos, poco importaba quién y cómo era el autor de la letra y la música, intérprete además de esas melodías. Importaban el Grillito cantor y sus creaciones, sus andanzas.

“La pobreza de detalles biográficos satisfacía en los años cuarenta la nebulosidad del mito”, escribe en el prólogo al cancionero completo editado por Ibcon al que nos referimos ayer, el escritor José de la Colina: “El señor Gabilondo Soler era, se decía, un profesional serio, un astrónomo o un matemático, o un oficial de la marina, o las tres cosas compactadas en un solo individuo que dedicaba sus ratos de ocio a pergeñar canciones infantiles aunque (pero eso por el momento no lo sabíamos) había sido, como Agustín Lara, piano player, trepado al tapanco de un cabaret de la capital mexicana, y luego ya en la XEW y poco antes de dedicarse al público infantil, un chansonnier pícaro apodado El guasón del teclado. Cierta malicioso susurro nunca autorizado quería entenebrar la leyenda haciéndola bipersonal, desenmascarar detrás del grillo Jekyll a Gabilondo mister Hyde. ¿Qué creen? ¡El juglar de los niños detestaba a los niños!

“La realidad era otra, o no del todo era así. Don Pancho había ganado en sus mocedades un campeonato de natación en Veracruz y competiciones de box en ese mismo estado y en la ciudad de México; debutado como novillero en la plaza de toros de Tacuba; ejercido de calculista eventual, sin sueldo, en el Observatorio de Tacubaya; escrito artículos de divulgación astronómica para la revista El Universo; construido en su jardín de Tultepec un completo observatorio para su solo placer (y para años después donar una parte a la Sociedad astronómica de México), adquirido por correspondencia un título de capitán de corbeta y poseído y pilotado un yate (que no tardó en vender porque le robaba tiempo a sus ocupaciones de cantautor) y todo eso, declaraba él, lo había hecho aficionado o meritorio. Guasón del teclado sí lo había sido ante el micrófono radiofónico, cuando aun no descubría su público y su mercado naturales. En cuanto a su infantofobia, si detestaba a los niños correctos y pedantes, minifacsímiles de los adultos, simpatizaba con los niños-niños, los pisacharcos. De modo que si por los mismos tiempos el cine postulaba ya una demasiado frecuente abuelita nacional que nunca interesó al público infantil: Sara García, a Gabilondo Soler la máscara del grillo lo salvó de verse instituido en el abuelito nacional. No era una presencia paternalista y tutelar, sino amiga y divertida.

“Las ‘cancioncitas’, dizque hechas como un hobby, habrían de ser la profesión, la industria, la fortuna de Gabilondo Soler; fueron radiadas a todo el territorio nacional y aun más allá, pasando de la radio a la televisión y al cine, a los discos LP o compactos (cerca de ocho millones de ejemplares vendidos entre 1963 y 1994).

Las canciones de Cri-cri instalan y pueblan un rico paisaje imaginario, integran una de las pocas obras de gran literatura infantil, si no la única, que haya dado la lengua española. Aquí, hongo inquietante, brota la extrañeza. Nuestras literaturas, al margen del anónimo y magnífico cancionero folclórico hispano e hispanoamericano, no poseen equivalentes de los cuentos de Andersen y Perrault, de Alicia en el país de las maravillas de Lewis Carroll, de La isla del tesoro y Un jardín de versos para niños, de Stevenson; del Peter Pan de Barrie, del Pinocho de Collodi o siquiera de la Mary Poppins de Travers o El mago de Oz de Baum (y olvidemos piadosamente el demasiado filosofante Principito de Saint Exupéry)”.